

imperfectos y precarios los bienes de la vida, el hombre, impulsado por mil dolorosas experiencias, confiesa que no es la tierra el asiento de la felicidad; que ninguna cosa criada puede servirle de fin; y que, siendo Dios el único Ser capaz de hacer su felicidad, es preciso que haya concedido á su alma una eterna duracion.

Estas ideas luminosas y accesibles á la mas limitada inteligencia, nos explican el misterio de esa uniformidad de sentimientos en que vemos concurrir á todas las generaciones: comprendemos por qué la voz de los siglos anuncia con tanta firmeza la inmortalidad del alma; y despues de haber visto que son tan obvias y concluyentes para todos las pruebas de este dogma, nada tiene de sorprendente ni de extraña para nosotros la fe del género humano.



ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE

EL HOMBRE,

CONSIDERADO BAJO EL TRIPLE ASPECTO DE LA RELIGION,
DE LA MORAL Y DE LAS LEYES.

LIBRO QUINTO.

De la primera lei de la humanidad y sus inmediatas
consecuencias.

ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE EL HOMBRE.

LIBRO QUINTO.

DE LA PRIMERA LEI DE LA HUMANIDAD Y SUS INMEDIATAS CONSECUENCIAS.

SUNQUE el hombre reconoce por último fin al mismo Dios, como lo hemos demostrado en el libro tercero, no por eso se dirige á este fin necesariamente. Dotado de libertad, es dueño de abrazar la felicidad sólida, ó de apartarse de ella siguiendo los impulsos de su corazón hácia los goces reprobados y los bienes quiméricos de la vida. Durante esta, permanece una empeñada y fuerte lucha entre las pasiones y la razón; y según que triunfan esta ó aquellas, el hombre consigue ó pierde su verdadera felicidad. Por mucho predominio que lleguen á tener las pasiones sobre el alma, no avasallan jamás al entendimiento de tal modo, que desconozca el hombre su propia situación; y de aquí resulta que, por conseguir una satisfacción pasajera, se aparta no pocas veces de los caminos que habían de llevarle á su felicidad, y esto con pleno conocimiento de su extravío.

De aquí se colige una verdad que nunca debiera ser olvidada; y es, que nada hai tan importante para el hombre, como el estudio y práctica de los medios que deben condu-

cirle á la posesion de la felicidad. Pero, ¿existen estos medios! ¿Es capaz el hombre de conocerles y practicarles! ¿Tiene obligacion de seguirles! ¿Influyen en todo el sistema de su felicidad y son el fundamento de sus deberes! He aquí las cuestiones que naturalmente se ofrecen á la investigacion filosófica, cuando se trata de fijar, por medio de una rigurosa demostracion, la primera lei y sus inmediatas consecuencias. Siguiendo pues el orden progresivo de estas ideas, hablaremos, en primer lugar, de la naturaleza y existencia de la regla; en segundo, de la capacidad que el hombre tiene para observarla; en tercero, de su carácter obligatorio; en cuarto, de las consecuencias inmediatas de esta primera regla, considerada bajo el carácter de lei.

CAPITULO I.

DE LA NATURALEZA Y EXISTENCIA DE LA REGLA.

Los geómetras nos suministran suficientes datos para formarnos un concepto cabal sobre la naturaleza de las reglas que deben dirigir nuestra conducta. Cuando discurren sobre la naturaleza y especies diferentes de la línea, nos hacen ver que esa serie de puntos, de cuya progresion resulta la línea, pueden conservar su direccion primitiva, ó apartarse sucesivamente de ella. En el primer caso, se forma una línea recta; en el segundo, una curva. De aquí resulta, que la naturaleza de la línea recta consiste en la perseverancia del punto sobre su direccion primitiva. Las artes, aprovechándose de este resultado científico, han construido sobre las diversas especies de líneas dos instrumentos, cuyo uso general les ha dado una estimacion extraordinaria; estos dos instrumentos son la regla y el compas: la primera no es mas que la línea recta del geómetra, trasladada á las artes; la segunda es la línea curva.

La línea recta es la mas corta que puede tirarse entre dos puntos dados; y la regla del artista es un camino seguro y estable, para recorrer sin extravío la distancia que media entre aquellos dos puntos. Pasando pues ahora del orden físico al orden moral, debe comenzarse recordando que el Autor de la naturaleza ha señalado al hombre dos puntos; el uno que consiste en su voluntad, el otro que consiste en su fin. Dentro de estos dos puntos no cabe mas que una línea recta: por consiguiente, cualquiera camino que no sea

esta línea, le aparta de su fin. Quanto el hombre piensa, dice ó hace con pleno conocimiento y espontaneidad, constituye una accion humana, y el sistema de sus acciones forma el carácter distintivo de su conducta. Estos pensamientos, palabras ó acciones pueden encaminarse por la línea recta y única que media entre nuestra voluntad y el verdadero fin, y en este caso nuestra conducta es buena; ó por alguna de las muchas líneas que pueden mediar entre nuestra voluntad y los fines particulares á donde nos impelen nuestras pasiones, y en este caso nuestra conducta es mala, puesto que nos aparta de nuestro verdadero fin.

¿Qué medios tenemos pues para obrar siempre conforme á nuestros verdaderos intereses! El mismo que tiene el artista para seguir en sus procedimientos mecánicos la línea recta del geómetra, es decir, el uso de la regla. Hai pues en el orden moral, así como en el orden físico, una regla segura y fija que ha puesto á nuestra conducta el mismo que se dignó criarnos para la felicidad. Esta regla consiste en la *práctica del bien*, puesto que quien obra el bien continuamente camina sin extraviarse al verdadero fin, así como quien obra el mal, se aparta constantemente de su fin. Para probar pues, que hai una regla fija, á la cual debe ajustarse la conducta del hombre, basta manifestar que hai un bien y un mal moral; que la bondad del primero y la malicia del segundo no dependen de las convenciones ni están sujetas al influjo de las circunstancias; que tienen caracteres esenciales, y se distinguen entre sí por su propia naturaleza. Para probar que el hombre es capaz de esta regla, basta manifestar que tiene un entendimiento para conocer el bien y el mal moral, una voluntad para amar el primero y aborrecer el segundo, y una libertad completa para practicar en todas sus acciones el bien.

Entre la turba de sofistas que han hecho en todos tiempos la guerra á la religion y á la sociedad, es claro que no faltan algunos que, perdiendo de vista nuestro origen y nuestro fin, han pretendido sostener que las acciones humanas son indiferentes en sí mismas, y que no hai, por tanto, distincion alguna esencial entre el bien y el mal moral; que en unas circunstancias será bueno lo que haya sido malo en las otras, y que la bondad ó malicia de las acciones es rigurosamente accidental, y ha de buscarse, por lo mismo, en las relaciones variables que median entre la conducta y las circunstancias. Estas ideas destructoras del orden y de la virtud, han corrido la suerte de todas las paradojas filosóficas, han hecho su papel momentáneo en un teatro limitado, para ser condena-